

la Iglesia romana. No creais ligeramente lo que dicen y escriben vuestros ministros. Consultad por vosotros mismos al concilio de Trento, y á las fieles esposiciones que de su verdadero sentido han hecho los doctores católicos, y entónces se desvanecerá la idea horrorosa que os han dado de la religion católica.

Entrad en los sentimientos de humildad y de caridad, que son los caracteres de los discípulos de Jesucristo. Rebajad un poco á la opinion de que podeis descubrir por vosotros mismos el sentido de las divinas escrituras, y conceded un poco menos á las luces de vuestro propio espíritu. Porque finalmente, ¿podeis decir en buena conciencia, que teneis todas las luces necesarias para acertar en todo, y una fuerza de espíritu bastante grande para penetrar los misterios de la salud? ¿Quién de vosotros tiene un conocimiento tan grande de las lenguas para juzgar por sí mismo, si son fieles las traducciones de la biblia que se han puesto en vuestras manos, ó no? ¿Quién es el que ha estudiado tan bien la religion, que vea claramente los lazos de los principios de fe y la armonía de los dogmas que componen el cuerpo?

Yo creo que no me engaño en decir, que hay muy pocos, aun entre vuestros doctores, que tengan bastante conocimiento, ó luces suficientes para hacer este ecsamen. Yo me remito al testimonio de sus propias conciencias para hacer ver, si tienen un perfecto conocimiento de las lenguas que se necesitan saber,

ó han estudiado suficientemente la antigüedad para penetrar el sentido del Espíritu Santo que habla en las escrituras, para conocer la religion y distinguir entre los nuevos dogmas y los antiguos; y si la mayor parte de vuestros maestros no tienen las cualidades necesarias para hacer esta discusion; ¿cómo os podreis lisongear vosotros de este pensamiento, es decir, que no hay ninguno de vosotros, sin escluir el último artesano, que no sea capaz de hacer semejante ecsamen? La parte mas segura que podeis, y debéis abrazar, es la de una fe humilde, ó como dice S. Agustín, la de la simplicidad que pone en seguridad el pueblo contra los artificios de los novadores. *Ceteram turbam credendi simplicitas tutissimam facit.* Esto es lo que pone á los católicos á cubierto, manteniendolos en un perfecto reposo, y sin ansia de saber por sí mismos cual es el sentido de los oráculos divinos. Ellos reciben con un espíritu de humildad las interpretaciones de la escritura, que les da por ministerio de la Iglesia á quien Dios ha prometido la asistencia perpetua del Espíritu Santo para la direccion de sus hijos.

Siguiendo su ejemplo obedecereis á S. Pablo quien ecsorta á los fieles á que se sometan á sus costumbres, y cautiven su entendimiento en obsequio de la fe. Vosotros mismos reconocéis esta verdad, por lo que toca á los mas importantes misterios de la religion; y condenais justamente de orgullo, y presuncion á los discípulos de Socino, que deciden magistralmente

los puntos de religion, y someten todos los dogmas á la discusion del espíritu humano, sin temor de lo que dice la escritura, *que aquel que quiere fondear la magestad, será oprimido por su gloria.* ¿Por qué, pues, autorizais con vuestra práctica lo que condenais en otros? ¿Por qué habeis de querer que la inteligencia del testo sagrado dependa de la crítica de los particulares? ¿Y por qué finalmente, no recibis con un espíritu de humildad y de sumision todos los misterios de la fe, ó los dogmas contenidos en la palabra santa?

Juntad señores míos á la humildad de la fe el ardor de la caridad, que os hará sufrir muchas cosas por bien de la paz, que es el caracter, segun S. Pablo, de esta reina de virtudes cristianas. Juntad tambien, si os parece, á la humildad, y caridad cierta generosidad cristiana que pone bajo de los pies el falso honor que tanto el mundo estima. Confesemos que estamos del todo preocupados, y que aun apartando de nosotros los honores de la tierra, no honramos con el mismo menosprecio. Este falso honor es el que impide conocer que estamos engañados ó cuando menos, que estamos convencidos. El mismo nos hace temer el que dirán, y mirar la mutacion de religion como una debilidad, de que no es capaz un hombre de honor. Asi es, que dice uno de vuestros mas ilustres escritores, hablando de Casaubon, que tubo la flaqueza de querer mudar de religion.

Yo confieso que este falso honor hizo

fuertes impresiones sobre mi espíritu, y que me tuvo suspenso mucho tiempo á cerca de la eleccion que debia hacer. Yo me decia á mí mismo muchas veces: ¿á que fin has de dejar la religion en que has nacido? Es necesario, que te resuelvas á sacrificar al mismo tiempo tu reputacion y tu honor. Tu estas en el empleo mas honroso de tu comunión, y en uno de los primeros puntos de este reino; querido y apreciado de muchas gentes de dentro y fuera del estado: apartándote de tu profesion, es necesario que te resuelvas á degradarte á tí mismo, y á despojarte del honor del ministerio que mas lisonjea el espíritu humano: á renunciar la estimacion y reputacion que te has adquirido, y á pasar por un espíritu ligero é inconstante, abandonando una religion despues de haber pasado en ella la mayor parte de tu vida, y haberla enseñado por espacio de veinte y siete años; y en fin, á venir á ser el objeto del odio y de las sales picantes de todo un partido. Estos pensamientos me hicieron valancear por algun tiempo. Pero la gracia triunfó de la naturaleza, y por medio de sus socorros superé todas estas consideraciones de la carne y sangre. Vosotros debeis hacer lo que yo he hecho para acertar una determinacion tan importante, es decir; debeis desprenderos de todos los vinculos de la naturaleza y sociedad civil, considerandoos como lo dijo muy bien uno de vuestros sabios, como separados del resto de los hombres en un rincón del mundo, y sin relacion á los padres

y amigos, que son los que ordinariamente impiden el mudar de religion.

Pero me direis sin duda, que os serian útiles estas reflexiones quando dudaseis de la verdad de vuestra religion, ó estubieseis persuadidos, como yo lo estoy, á que la Iglesia católica es aquella arca mística, fuera de la cual no se puede estar á cubierto de las olas de la cólera de Dios; pero que no dudais de la bondad de la vuestra, como ni tampoco que estais en la verdadera Iglesia del Señor; y que en fin, no hallais motivo para la pretendida mutacion, supuesto que no teneis otra regla de vuestra fe que la biblia, en donde hallais con bastante claridad los artículos de vuestra creencia. Ademas de esto decís: que vosotros no creis sino lo que los católicos creen, y que por consiguiente no podeis estar en peligro, no estandolo tambien aquellos.

Decís que no teneis duda ni escrúpulo, y que vivís en un perfecto reposo de espíritu. Agradeced, que os diga que semejante reposo no puede aseguraros de vuestra salud. Los mas ignorantes son por lo comun los que menos dudan. Hay una falsa paz de conciencia, hay tambien una verdadera, y los que estan en una religion falsa no dudan mas que los que viven en la católica, que es la verdadera. Los mahometanos y los judios estan bien persuadidos de que su religion es buena. Se engañan, y nosotros no nos engañamos, porque nos fundamos en la palabra de Dios, que es una lámpara á nuestros pies, y una luz que ilumina nuestros sentidos. ¡Pero esta lámpara

de la palabra de Dios luce únicamente para vosotros? ¡Esta divina luz del evángelio no esparce sus rayos sino en vuestra comunión? ¡Sois vosotros los únicos cristianos en cuyos ojos brilla la luz de esta palabra? ¡hay por ventura alguna promesa, que se estienda únicamente á los de vuestra comunión, de que Dios os abrirá los ojos del espíritu para que veais aquella luz celestial?

Los luteranos tienen tanta razon para hablar con vosotros, teniendo tambien á la sagrada escritura por unica regla de su fe. Ellos dicen que la escritura enseña todas las verdades de la religion, y sin embargo, no ven en ella la ausencia substancial de Jesucristo en los simbolos encarnaticos que vosotros veis. Los anabaptistas, los socinianos, y otros muchos hereges tienen el mismo language que vosotros. Ellos dicen que su religion es la de la escritura santa; que en esta ven claramente todo cuanto creen, que están seguros de que todos los artículos de su fe fueron enseñados por los profetas, por Jesucristo, y por sus apóstoles, y no se glorian menos que vosotros de las luces del espíritu Santo. Esta falsa persuacion ha producido una infinidad de hereges. ¡Calvino y Lutero no se asombraron al ver nacer tantas opiniones monstruosas de este principio que ellos habian establecido, es á saber: que se debe seguir en materia de religion lo que se halla en la escritura, esplicandola sin el ministerio y socorro de la perpetua y constante tradicion de la Iglesia? Muchas gentes tomaron entonces ocasion de este principio para dogmatizar y establecer nuevas

opiniones que fueron facilmente recibidas del pueblo, amigo siempre de la novedad; y pretendieron apoyar sus sentimientos en la escritura, despreciando enteramente las tradiciones de la Iglesia, y llamandolas tradiciones humanas. Este es el manantial fecundo de donde se ha visto salir el número tan grande de heregias de que hablan vuestros autores, y principalmente la de Socino, quien declaró atrevidamente que su único fin era adherirse à la escritura, y reprobó todas las tradiciones, para dar por el pie al edificio abastido ya por Calvino, destruyendo la divinidad de Jesucristo, como tambien la verdad y necesidad de su sacrificio.

Nosotros, añadís, no creemos sino lo que creen los católicos, nada pues tenemos que temer. Permitid que os diga que este lenguaje es el de los hereges, segun la noción que nos han dado de ellos los santos padres, y la significacion del nombre *herege*, que viene de la palabra griega *escoger*; porque los hereges (dicen aquellos doctores) eligen algunos artículos que abraza la creencia de los católicos, y reprueban los que ellos no creen fundados en la escritura. Preguntad para convenceros á Socino, y os responderá que no solamente cree lo que dice la escritura, sino que no cree cosa que vosotros no creáis tambien. Yo creo, os dirá, que Jesucristo es verdadero hombre, un profeta infalible, el hijo de Dios, su único y propio hijo, por lo que nada creo, que no creáis vosotros. Le respondereis sin duda que esto no basta; que es necesario creer tambien que

el hijo es consubstancial al padre, que tiene una misma esencia, y que es nuestro sacrificador soberano, que ha espiado nuestros pecados con su sangre. Pero él os dirá, que no lo cree porque no se halla en la escritura, segun la interpretacion que él da á la divina palabra. Lo creereis vosotros menos herege por eso? ¿Vosotros que estais convencidos como los católicos de su error? Ciertamente no es un justo y legítimo fundamento de seguridad el estar en una religion verdadera, el decir que solo se cree lo que solo se halla en la escritura, y lo que creen los católicos mismos.

Sea cual fuere vuestra creencia, lo cierto es, que no podeis estar seguros de vuestra salud, interin permanezcais separados de la Iglesia católica. Esto no es pensamiento mio, es si el de todos los padres de la Iglesia, principalmente de S. Agustin á quien tanto venerais vosotros. Este santo doctor dice: que de nada sirve una fe santa, y una vida arreglada interin se permanece en el cisma. El mismo aseguró, despues de san Pablo en el cap. 13 de la primera carta á los de Corinto, que es inútil á un cismático el mas cruel martirio. El bien puede, prosigue, verter su sangre en defensa de la verdad, pero no puede recibir la corona. El delito de los cismáticos es superior á todos los otros; es peor que la infidelidad y que la idolatria; supuesto que habiendo sacado los donatistas á los paganos del culto de los ídolos, les hicieron una llaga mas grande introduciendolos en su partido, que la que les ha-

bia hecho el demonio reteniéndolos en las tinieblas del gentilismo. Para fortificar mas el santo doctor su modo de pensar, advierte en otro lugar, que Dios ha castigado mas rigurosamente el cisma que la idolatría, contentándose con hacer perecer á los idólatras por medio de la espada, y sepultando á los cismáticos en las entrañas de la tierra. Finalmente para dar el mismo santo la última mano al horrible retrato que hace del cisma en sus admirables obras; dice, que por mas zelosos que parezcan por la religion, son los cismáticos unos falsos cristianos y anticristos.

¿No os hacen temblar estas tan grandes y tan terribles verdades? ¿Podreis pensar en ella sin pavor, sin remordimiento de conciencia, y sin temer los juicios de Dios, quien no solamente no recompensará vuestras limosnas, vuestras oraciones, y todas las obras buenas que podeis hacer, sino que por el contrario os tratará como á idólatras, infieles y anticristos si permanecéis en el cisma? Acordaos, mis amados hermanos, (la caridad me obliga aun á daros este nombre) acordaos, yo os lo suplico, por las entrañas de la misericordia de Dios y por el mérito de la sangre que Jesucristo ha derramado para uniros á su padre, y perfeccionar en un todo á sus discípulos; acordaos, vuelvo á decir, de lo que yo os digo la última vez, que tengo el honor de predicaros, que todos los cristianos estan en una obligacion indispensable de huir el cisma, que es el veneno mortal de la caridad. El último cisma ha nacido en la guerra, y ha he-

cho sus progresos favorecido de las turbulencias que han agitado la Europa cristiana. Dios quiera que la paz, que reina en el dia entre los principes cristianos, vea morir á esta funesta obra de la guerra.

Dad señores esta gloria á Dios, este gozo á los ángeles, este consuelo á la Iglesia, y esta satisfaccion al mayor de sus hijos, nuestro ilustre monarca. Haced, que este gran príncipe, cuya piedad es superior al valor y á la prudencia, [como lo dijo un padre de la Iglesia de un emperador] despues de haber dado la paz á toda la Europa, obligando á dejar las armas á sus enemigos por medio de estas dos virtudes, vea satisfecha su piedad por la estincion de un cisma que ha turbado la de la Iglesia hasta este dia: que se vea en el reinado de nuestro sabio Salomon elevado al templo místico del Señor á aquella gloria de que habla la escritura; y que Jesucristo, príncipe de paz, nazca en vuestros corazones bajo el imperio de nuestro augusto.

Por lo que á mi toca, nada omitiré, señores, para que llege á perfeccionarse una obra tan agradable á Dios: y si mi sangre pudiera ser útil para que se verificase la reunion, yo derramaria de buena gana, hasta la última gota para cimentarla. Confieso que no tengo un zelo igual al que abrasó á S. Pablo por la salud de los israelitas; ni una caridad tan grande como la que tubo san Gregorio Nacienceno por los que en su tiempo estaban separados de la Iglesia; pero puedo decir con sinceridad, y de buena fe, que siento en

mi corazon alguna chispa de aquel fuego divino que abrasó á aquellos santos hombres. Yo quería ser hecho *anatema*, como S. Pablo, por aquellos que son mis hermanos; y yo desearia sufrir como S. Gregorio las penas mas sensibles y mas rigurosas, con tal que contribuyesen de algun modo á derribar el muro funesto de separacion, y uniros con nosotros.

Esta es la gracia, que yo pido á Dios con todo el ardor de que soy capaz; yo le suplico de todo mi corazon, que quite por medio de su gracia victoriosa todos los obstáculos, que la carne y sangre pueden oponer para impedir un bien tan grande: que reuna al cuerpo de sus hijos todos los miembros que se han separado; y que vuelva á meter en el redil las ovejas descarriadas: á fin de que no haya en lo sucesivo sino un solo rebaño, asi como no hay sino un solo pastor. Éste es el deseo mas ardiente del que es con sinceridad. = Vuestro humilde y muy obediente servidor. = A. Vigne.

*Segunda carta de Mr. Vigne á los nuevos católicos, en la que les hace ver la justicia de su reunion á la Iglesia católica, apostólica, romana.*

Non est quidquam gravius sacrilegio schismatis, quia praecedendae unitatis nulla est iusta necessitas. *August. lib. 2. cont. epist. Parm. cap. 2.*

Es justo, señores míos, que después de haber deseado con tanto ardor, y pedido á Dios con

todo el zelo que me ha sido posible, vuestra reunion á la Iglesia católica, os testifique el gozo de que se ha llenado mi corazon por el dichoso arrepentimiento, el que ha regocijado á los ángeles en el cielo, y á los fieles en la tierra. Aun seria mas perfecto este júbilo, si pudiera yo contribuir de algun modo á calmar perfectamente vuestros espíritus, acabando de arrancar de vuestros corazones las fuertes impresiones concebidas contra la Iglesia católica, que pretenden fortificar vuestros ministros por medio de cartas circulares esparcidas secretamente entre vosotros.

Se os representa la reunion á la Iglesia romana como una apostasia de la fe, y como un hecho débil de renegacion de Jesucristo señor nuestro. Si habiendo dejado vosotros la comunión en donde fuisteis educados, hubierais entrado en la de los judios, que blasfeman el santo nombre de Jesus; ó en la de los mahometanos en donde se despoja á Jesucristo de su divinidad, y se pone en su lugar á un miserable impostor; ó finalmente en la de los paganos, que no reconocen á Dios criador del cielo y de la tierra, ni adoran sino divinidades falsas; habria razon para acusaros y decir que habiais renegado de Jesucristo, y abandonado su fe. Tendriais entónces motivo para temer todas las penas con que amenaza á los que le niegan delante de los hombres; porque en efecto, tales amenazas se dirigen á aquellos miserables cristianos, que, ó por temor de las penas, ó por la esperanza de los bienes y ventajas de la tier-

ra renuncian su fe, y se colocan entre aquellos que no le reconocen por hijo de Dios, ni por redentor del mundo. ¿Pero se os podrá acusar de una cosa semejante, sin cometer la más negra de todas las calumnias? ¿Y podreis creer que habeis cometido un crimen de esta naturaleza, de cualquiera manera que esto se tome por haberos colocado en la comunión de la Iglesia católica romana? ¿Podéis ignorar que ésta enseña formalmente que no hay sino un solo Dios, que ha criado los cielos y la tierra? No, vosotros no podéis menos de saber que la misma enseña, que este Dios es uno en la esencia y trino en las personas; que se llaman Padre, Hijo, y Espíritu Santo; que la segunda de estas tres se vistió de nuestra naturaleza, y la unió á la unidad de su persona; que Jesucristo es verdadero Dios y hombre; que es el único redentor del género humano, y que no hay sino en él verdadera salud; que el solo ha espiado todos los pecados por medio de un sacrificio de valor infinito; que ha satisfecho plena y perfectamente á la justicia divina por su pasión y muerte; que él es el único rey, el solo sacrificador y profeta de su Iglesia; que nos ha adquirido la gloria del paraíso, y la gracia necesaria para llegar á él. Y finalmente, que para que se nos apliquen los méritos de este grande Salvador, es necesario una fe viva y eficaz, por la caridad y las buenas obras; y que le miremos como nuestro modelo, imitando segun nuestra capacidad sus virtudes. Tampoco ignorais que la misma enseña, que

solo Dios debe ser adorado con un culto soberano; que él solo es el primer principio, y el único fin de todas las cosas, el origen de todos los bienes, y de todas las gracias; que de sola su bondad y poder debemos esperarlas; y que no hay otra voluntad sino la suya, á la que debemos someternos para tener parte en sus bendiciones, y favores. En una palabra, no se puede negar que es la que ha conservado entero el Decálogo, regla de nuestras costumbres: la oracion dominical, modelo de todas las súplicas; el símbolo apostólico, llamado por Vittaker compendio de la escritura. Los mas ilustres protestantes se han visto precisados á confesar esto. Nosotros confesamos, dice Lutero, que en el papado se halla una gran parte de lo que tiene de bueno el cristianismo. Y la Iglesia, añade él mismo, está entre los papistas, porque tiene el bautismo, la absolucion, el testó del evangelio, y entre los mismos se halla mucha gente de bien. A pesar de Satanas, dice Gerónimo Zanchio, la Iglesia romana ha retenido los principales fundamentos de la fe. Pero nada puede añadirse á lo que dice sobre este asunto Mr. Amiraud, famoso en la comunión protestante, porque no se contenta con decir su sentir acerca de esta materia, sino que añade que es el dictamen de otros doctores que han acusado atrevidamente de corrupcion á la Iglesia romana. He aquí como se explica en el libro quinto de la vocacion de los pastores. *Esta Iglesia corrompida [habla de la romana] Tom. VII. de algunas cosas que se necesitan para*

han permanecido positivamente todas las doctrinas que son fundamentales á la religion cristiana. Porque no solamente se ha retenido en ella el símbolo de los apóstoles, el uso de la oracion dominical, y los mandamientos de la ley de Dios, sino tambien los símbolos de Nicea y de San Atanasio, en donde son esplicados á la larga, y mas particularmente los dogmas de la creencia cristiana. Los mismos que la han acusado mas agriamente de corrupcion, lo reconocieron así desde el principio, y lo reconocen en el dia. Ninguno de estos ha dicho jamas, que no estuviesen en la comunion romana todos los fundamentos del cristianismo. A esto añade en la pág. 1325 que ha permanecido en ella por buena providencia de Dios, todo lo necesario para la construccion de la religion cristiana.

Veis, señores, que (segun la confesion de este profesor de teología, que hizo tan famosa á la academia de Saumur) permanecieron en la Iglesia romana todas las doctrinas que son fundamentales á la religion, y que así lo reconocieron desde el principio, y lo reconocen en el dia los mismos que se apartaron de la comunion.

No se puede eludir la fuerza de estas de claraciones con decir que las verdades fundamentales son destruidas por las consecuencias que se sacan de los dogmas que ella recibe, como quieren Amiraud y otros ministros. Pues es mas claro que el dia, que los dogmas, de los quales pretenden sacar semejantes consecuencias

ó son puras quimeras de estas señores, *carnalium cogitationum figmenta*, como dice S. Agustin, hablando de los errores que los maniqueos imponian á los católicos; ó las consecuencias sacadas de los dogmas estan mal fundadas, no pudiendo deducirse clara y necesariamente.

¿Qué quimera mas grande, por ejemplo, que el error con que tiznan á los católicos, cuando se les acusa de que igualan á los santos con Dios en el culto, y se dice de ellos que reparten entre el leño y la piedra lo mas ardiente de su devocion, y hacen de las especies eucarísticas unos ídolos, á quienes dan el culto supremo que no es debido sino al Criador?

He aqui unas acusaciones singulares, capaces de causar el último horror contra ella, en las personas mas dulces y dóciles. Pero esta calumnia es grosera, poco capaz de sostenerse; porque ¿quién no sabe que esta reconoce la distancia infinita que hay entre el culto que se le debe al Criador, y el que puede darse á la criatura? ¿Quién no conoce que la misma quiere, que el honor que se hace á los santos llamado por S. Agustin, culto de dileccion y de sociedad, se dirija al Criador de tal suerte que este sea honrado en su criatura? ¿En que lugar de la liturgia se lee, que la Iglesia pida algun favor á los santos, como si estos fueran el origen de los que se nos dispensan? ¿No se contenta por ventura con implorar simplemente sus oraciones, que no son eficaces sino por Jesucristo? ¿No di-



ce tambien por boca del Tridentino que no se pueden hacer súplicas á las imágenes pensando que hay en ellas alguna virtud, ó alguna cosa divina? ¿No es necesario haber renunciado á toda buena fe, para acusar de que da al leño de la cruz el mismo culto que se debe á Dios, porque se hallan en algunos hymnos ciertas espresiones; que segun los doctores católicos, son figuradas; y no deben referirse propiamente sino al crucificado? En fin, decir que adora los símbolos ó especies eucarísticas, es proceder de mala fe, porque la Iglesia no pronuncia anatema sino contra aquellos que no adoran á Jesucristo en el santo sacramento, y aunque en el cap. 5. de la sesion 13 dice, que se dé culto de *latria* al sacramento, entiende por este nombre al mismo Señor contenido bajo aquellos signos ó especies sacramentales, como se deja conocer por lo que dice el concilio en el capítulo precedente en el cuerpo de este, y en otras partes de donde consta que solo Dios debe ser objeto del supremo culto llamado de *latria* por la Iglesia, y por los padres de la Grecia.

¿Qué quimera no es tambien asegurar que iguala las tradiciones humanas á la palabra de Dios? ¿Qué hace depender la autoridad del Señor de la de los hombres? Que dá á estos una autoridad igual á la de Dios, comunicándoles el poder de absolver los pecados, y de reinar en la Iglesia como verdaderos monarcas? Los que han manejado el concilio de Trento, y los libros de los católicos, que han declarado su verdadero

sentido, saben muy bien que la Iglesia no admite otras tradiciones divinas, que las recibidas del Espíritu Santo por el ministerio de los profetas y de los apóstoles; como son todas aquellas de que habla S. Pablo en la segunda carta á los tesalonicenses; y que reprueba en el cap. 15 de S. Mateo las humanas, que sean contrarias á la palabra de Dios. Ellos pueden haber leído en el mismo concilio que en solo Dios reside la soberana autoridad de perdonar los pecados; que los pastores de la Iglesia, sean los que fueren, no tienen derecho de perdonarlos sino en cualidad de ministros y de vicarios de Jesucristo, que es el único monarca de la Iglesia; y que el mas glorioso empleo es solo un ministerio; como lo han reconocido los soberanos pontífices, llamándose despues de S. Gregorio, siervos de los siervos del Señor.

¿Qué impostura mas atroz que la de entenderse á decir, que reconoce á los santos por redentores? ¿En que lugar del concilio han hallado ni una sombra siquiera de semejante proposicion? Si por acaso lo han leído, no han podido ver sino que establece todo lo contrario, declarando formalmente que Jesucristo es el único redentor, y que su sangre es el único precio de nuestro rescate. A esta verdad no se oponen las espresiones de la liturgia en donde se pide á Dios el perdon de los pecados, y la gloria del paraíso por el mérito de los santos. Permitid, señores, que para hacer ver esta verdad y declarar estas espresiones, que tanto os chocan, haga